

31—La voluntad de Dios respecto a ustedes

ATRAVÉS del apóstol Juan, Dios ha enviado un mensaje a su pueblo en estos últimos días (se cita Apocalipsis 3: 15-18).

Como pueblo corremos el peligro de separarnos del Sol de Justicia. Debemos consagrarnos a Dios mediante la obediencia a la verdad. Nuestra conciencia tiene que ser purificada de obras muertas, a fin de que podamos servir al Dios vivo. La santificación implica amor perfecto, obediencia perfecta, conformidad plena con la voluntad de Dios. Si nuestras vidas están en armonía con la vida de Cristo, a través de la santificación de la mente, el alma y el cuerpo, nuestro ejemplo tendrá una influencia poderosa sobre el mundo. No somos perfectos, pero es nuestro privilegio separarnos de los enredos del yo y del pecado, y avanzar hacia la perfección. «Nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor» (2 Cor. 3: 18).

Manuscrito,38, 1899.

Una motivadora experiencia cristiana

Cristo dijo en su oración al Padre: (se cita Juan 17: 15-23).

Estas son verdades grandiosas y ennoblecedoras. Hay inmensas posibilidades, realizaciones grandes y santas al alcance de todos los que tienen una fe verdadera. ¿Acaso no ungiremos nuestros ojos con el colirio celestial, a fin de que podamos discernir las cosas maravillosas que han sido colocadas ante de nosotros? ¿Por qué no avanzamos hacia adelante y hacia arriba, con fervorosa perseverancia, cumpliendo esta oración, para alcanzar la norma de la santidad? Somos obreros juntamente con Dios y debemos trabajar en armonía con nuestro prójimo y con el Señor, «porque Dios es el que en [nosotros] produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Fil. 2: 13).

Pablo dijo: «Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; pero cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño» (1 Cor. 13: 11). Cuántos son los que han crecido a la estatura de hombres, pero no han superado su infancia, pues incorporan los defectos de su niñez a su experiencia religiosa. «Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar, sino sed niños en cuanto a la malicia y maduros en cuanto al modo de pensar» (1 Cor. 14: 20).

Al Señor no le agrada vernos espiritualmente débiles. «Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de

Dios y no de nosotros» (2 Cor. 4: 6-7). Tenemos que enfrentar conflictos y pruebas, pero no necesitamos fracasar ni desanimarnos. El apóstol dice: «Estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos. Dondequiera que vamos, llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos» (2 Cor. 4: 8-10).

La ley no ha sido abolida

Son los presuntos pecados pequeños los que nos excluirán del cielo. No podemos llevar con nosotros una parte de nuestra naturaleza pecaminosa, esa sensibilidad que siempre está lista para ser herida y gritar. Nuestra negativa a permitir que el yo muera, y a que nuestra vida se oculte con Cristo en Dios, nos dejará en la incredulidad y transgresión de la ley. El evangelio no ha abolido la ley ni ha reducido un ápice de sus demandas. Aún exige santidad en todo aspecto. No hay tal cosa como invalidar la ley por la fe en Cristo. La ley es el eco de la propia voz de Dios que invita a cada alma: «Asciende un poco más alto; sé santo, siempre más santo».

Si avanzamos hacia «la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús», tenemos que mostrar que hemos sido vaciados de toda suficiencia propia y llenados del aceite áureo que, a través de los dos candelabros de oro, nos ha sido impartido por medio de los dos ungidos que están delante del Señor de toda la tierra. Dios nos suple mediante su gracia y providencia. Desde la eternidad nos ha elegido para que seamos sus hijos obedientes. Entregó a su Hijo para que muriera por nosotros, para que pudiéramos ser santificados por la obediencia a la verdad, limpiados de toda indignidad y vulgaridad del yo. Como pueblo, estamos muy atrasados. Se necesita un esfuerzo personal, una entrega individual del yo. Hemos de ser controlados por el Espíritu Santo. «Vosotros sois la luz del mundo [...]. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mat 5: 14, 16). Dios únicamente puede ser honrado cuando nosotros, los que profesamos creer en él, hemos sido modelados a su imagen. Hemos de manifestar al mundo la belleza de la santidad. Nunca entraremos por las puertas de la ciudad de Dios hasta que perfeccionemos un carácter semejante al de Cristo. Si, confiando en Dios, nos esforzamos por alcanzar la santidad, la recibiremos. Entonces, como testigos de Cristo, tenemos que dar a conocer lo que la gracia de Dios ha obrado en nosotros.

Un blanco elevado

La mayor inquietud que podemos tener es la incertidumbre. La aceptación de las bendiciones de Dios produce justicia y paz. El fruto de la justicia es quietud y seguridad para siempre. Debemos tener la sencillez y sinceridad de Dios. Debemos tener esa sabiduría que desciende de lo alto. Nuestra experiencia

cristiana ha de ser reanimada por medio de la piedad e impulsada por la vida divina.

Mis, hermanos, ustedes tienen metas muy pequeñas. Propónganse un blanco elevado. Permitan que sus acciones estén en armonía con las obras de Jesucristo. Es el privilegio de todos crecer hasta la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. «La voluntad de Dios es vuestra santificación» (1 Tes. 4: 3). ¿Es acaso también la de ustedes? Con deseo intenso, suspiren por Dios; sí, deséenlo ardientemente, así como el ciervo brama por las corrientes de las aguas. Prosigan a la meta del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

¿Por qué no se revisten de Cristo todos los que se llaman por su nombre? ¿Por qué no despiertan de su indiferencia, despiertan del estado de tibieza, de su condición de satisfacción propia? El pueblo de Dios debe tener un propósito fijo. Nunca serán santos, hasta que decidan con todas las fuerzas de su ser someterse a la voluntad de Dios.